

Catecismo 731 – 732 El Espíritu y la Iglesia en los últimos tiempos. Pentecostés

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 731:

El día de Pentecostés (al término de las siete semanas pascuales), la Pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo que se manifiesta, da y comunica como Persona divina: desde su plenitud, Cristo, el Señor (cf. Hch 2, 36), derrama profusamente el Espíritu.

Punto 732:

En este día se revela plenamente la Santísima Trinidad. Desde ese día el Reino anunciado por Cristo está abierto a todos los que creen en Él: en la humildad de la carne y en la fe, participan ya en la comunión de la Santísima Trinidad. Con su venida, que no cesa, el Espíritu Santo hace entrar al mundo en los "últimos tiempos", el tiempo de la Iglesia, el Reino ya heredado, pero todavía no consumado:

«Hemos visto la verdadera Luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe: adoramos la Trinidad indivisible porque ella nos ha salvado» (Oficio Bizantino de las Horas. Oficio Vespertino del día de Pentecostés, Tropario 4)

Se trata de dos puntos del catecismo donde se habla de cómo en pentecostés es una "consumación" de toda la obra de Cristo: **"La pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santos"**.

Lo primero que hay que decir es que "en pentecostés se consuma la alianza". La palabra "pentecostés" ya existía antes de la llegada de Jesús, era la "fiesta de las semanas" o pentecostés.

En el "libro de los jubileos", considera esa fiesta, destinada a celebrar cada año la renovación de la alianza. Es algo que se ha descubierto con los escritos del Qumram. Aquella comunidad judía que vivió a comienzos del primer milenio, donde se guardaban con mucha rectitud las costumbres del antiguo testamento.

Según este libro de los jubileos, Dios había pedido a Moisés la renovación de la alianza mediante la aspersion de sangre que se hacía sobre el pueblo; la alianza del Sinaí perpetuaba las alianzas anteriores, (la de Abraham, la de Noé..).

Pentecostés o fiesta de las semanas, es la fiesta que perpetúa estas alianzas. Nosotros vemos que hay algo todavía más profundo aquí, no es únicamente un recuerdo de las alianzas del pasado: **es que la verdadera alianza estaba por llegar**, eso ya lo decían los profetas: *“que la nueva alianza comportaría la presencia del Espíritu Santo”*.

El gran problema que se planteaba, por la alianza, era el de la fidelidad del pueblo. En la nueva alianza la fidelidad en cumplir todas las obligaciones estaría –por decirlo de alguna forma- asegurada por el Espíritu Santo.

El gran problema era que en el antiguo testamento –En Noé, en los patriarcas, con Moisés- Yahvé había ido haciendo alianzas; pero las alianzas habían sido una tras otra incumplidas, porque el hombre tiene la incapacidad de cumplir su alianza con Dios, **porque “querer no es poder”**, en contra de lo que muchas veces se dice.

Ezequiel 36, 26-29:

“Os daré un corazón nuevo, os infundiré un Espíritu nuevo; arrancare de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en vosotros y hare que os conduzcáis según mis preceptos y que guardéis mis mandatos. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios

Así pues la liberación del pecado, la purificación, es el resultado de la infusión de un Espíritu nuevo: Espíritu de Dios comunicado a los hombres. Este Espíritu será necesario para una rectitud moral, de esta manera se consuma la nueva alianza, en la que según Jeremías, la ley divina queda “inscrita” en el fondo de los corazones.

Pentecostés es la consumación de una Alianza; porque una alianza no es alianza mientras que no lo sea por las dos partes. En el antiguo testamento la alianza solo se cumplía por la parte de Dios, por la parte de Israel solo era la “intención”. En Pentecostés con la efusión del Espíritu Santo la alianza es por las dos partes. **El Espíritu Santo es la garantía de que nuestro “deseo” es un deseo eficaz**, ya no es únicamente una “buena intención”, como era en el antiguo testamento.

En la tradición, pentecostés ha sido comparado a la alianza del Sinaí. Cuando se produce la alianza del Sinaí, el pueblo vio que aquel monte echaba humo, y en lo alto del monte una nube lo cubría y salían llamas de fuego y rayos cuando Yahvé se acercaba al monte para hacer alianza.

San Agustín estableció una comparación entre las llamaradas de fuego del monte Sinaí y las lenguas de fuego en la venida del Espíritu Santo en pentecostés; pero poniendo de relieve que en Pentecostés ese “fuego” no sembraba terror, sino que era un “fuego apacible” y una ley escrita –no en piedra como en el Sinaí- sino en los corazones, para dar cumplimiento a las profecías de Jeremías a cerca de la nueva alianza.

Aquel fuego del Sinaí nos hacía temblar, porque nos hacía conscientes de nuestra incapacidad para cumplir aquella alianza: **La santidad de Dios contrastaba con nuestra incapacidad.** ¿Cómo hacer alianza con Yahvé, si sabíamos que íbamos a incumplirla?.

Sin embargo en el nuevo testamento esa alianza es amable; ese fuego del Espíritu Santo que se posa en nosotros es gozoso, porque el mismo Espíritu Santo es el que nos da la capacidad para vivir esta alianza. Con lo cual no tenemos miedo de Dios, en cualquier caso tenemos miedo a apartarnos de Dios. Y habría que añadir la otra imagen: no se trata de una ley escrita en piedras, sino de una alianza escrita en nuestros corazones, **que nos capacita, que nos hace amable la voluntad de Dios.**

La voluntad de Dios no es un precepto que hay que “cumplir” y **que esta fuera de nosotros, sino que Dios lo escribe en nuestros corazones**; de tal manera que la ley de Dios es “nuestro gusto”.

Uno de los dramas que tiene el hombre es que la voluntad de Dios no le resulta “gustosa”; eso ocurre cuando la alianza está escrita todavía en piedra... ¡claro!;

Sin embargo, cuando Dios nos da el don de “GUSTAR DEL ESPÍRITU”, entonces la ley de Dios se escribe en nuestros corazones.

Se podrían poner muchos ejemplos de esto. Cuando alguien vive carnalmente, la asistencia a misa el domingo, es para él, un precepto que tiene que cumplir; es una obligación que no le resulta “gustosa”, es un sacrificio que tiene que hacer. Sin embargo cuando nos dejamos penetrar por el Espíritu Santo, esa ley queda inscrita en los corazones.

En Pentecostés, Cristo glorioso reúne definitivamente a la humanidad con Dios, infundiendo en el corazón de esta humanidad su Espíritu, el Espíritu Santo, y este **“asegura la sinceridad de la alianza”**. Pentecostés representa el Don supremo del amor Divino, ya que por medio del Espíritu Santo Dios se entrega a lo más íntimo del ser del hombre.

En pentecostés Dios viene a morar no solo entre los hombres, como sucedió en la encarnación. “*Dios habito entre nosotros*”; eso decimos en el Ángelus. Pero en Pentecostés hay un paso más de lo que ocurrió en la encarnación: **Dios no sol habita entre nosotros, sino que HABITA EN NUESTROS CORAZONES.**

Pentecostés consuma la encarnación, hasta en su aspiración más suprema: No es lo mismo que Dios habite “entre” nosotros; que Dios habite “en” nosotros. Hay una íntima unión entre Pentecostés y la encarnación, y por otra parte, pentecostés suscita, la entrega más sublime de los hombres a Dios.

El encuentro en estas dos donaciones constituye la alianza perfecta, que era el objetivo de toda la obra redentora.

En el catecismo se afirma que “la pascua de Cristo se consuma con la efusión del Espíritu Santo”.

Por eso es bueno que veámosla relación que existe entre la resurrección de Jesús y pentecostés.

La vida nueva que Jesucristo que Cristo ha recibido en su cuerpo –en la resurrección- es la vida del Espíritu Santo:

Romanos 1, 4:

4 *Jesús ha sido constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro,*

Esta expresión implica una comunicación del Espíritu Santo a Cristo, a través de su glorificación.

1ª Corintios 15, 45:

45 En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, **alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.**

Un oyente preguntaba sobre la aclaración de “Espíritu, Alma y Espíritu Santo”

En este texto se dice de Adán **“alma viviente”**, y de Cristo se dice: **“Espíritu que a vida”**. El alma es espiritual, lo es por naturaleza; y el primer hombre tiene en sí mismo ese elemento esencial.

Pero por Espíritu vivificante, Pablo entiende “un elemento espiritual de orden superior”. No se refiere a la espiritualidad a nivel del alma, sino la Espiritualidad a Nivel del Espíritu Santo. Es decir que Cristo tiene al Espíritu Santo como “alma” que nos comunica a nosotros.

Todo el Espíritu Santo se ha “concentrado” en su naturaleza humana: **en su resurrección**, con el objeto de difundirse.

El Espíritu indica que Cristo resucitado comunica su nueva vida en calidad de Espíritu. Es “vivificante” por el Espíritu Santo, del cual está totalmente penetrada la humanidad resucitada de Jesús; la efusión de vida será una efusión del Espíritu Santo, y por tanto pentecostés es complementario de la resurrección. La culminación hacia la cual tendía la resurrección, ya que la nueva vida se le ha otorgado a Cristo en orden a una **nueva humanidad**. Cristo ha recibido una “nueva vida” en la resurrección, para que esa “vida” se difunda. Por eso la resurrección de Cristo queda perfectamente complementada por pentecostés. **Hay una continuidad en la acción del Espíritu Santo entre la resurrección de Cristo y pentecostés.**

La resurrección tiene como primer “autor” al Padre, pero el Padre ha resucitado a su Hijo por medio del Espíritu Santo, y desde entonces, el Padre nos da la vida de Cristo resucitado por medio del Espíritu Santo.

Romanos 8, 11:

11 Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros.

Es difícil encontrar un texto más claro en la sagrada Escritura.

Lo que hizo el Padre resucitando a su Hijo, estaba haciendo las primicias de lo que el mismo Espíritu iba a hacer en nosotros.

Hay consecuencias importantes de este principio; como por ejemplo la Eucaristía: **Nutriéndonos con el Cuerpo de Cristo y dándonos a beber su sangre**, se nos está dando como alimento de vida al ESPIRITU SANTO.

Otra consecuencia, todavía más general, será la equivalencia entre **“la vida en Cristo y la vida en el Espíritu Santo.**

Añadimos un paso más: La estrecha relación que hay entre la Ascensión y Pentecostés.

La Ascensión es una partida: la partida definitiva de Cristo, **Cristo se va corporalmente, a fin de venir espiritualmente.**

El poder divino que ha adquirido Jesús, ascendió a los cielos, es el “poder disponer” del Espíritu Santo. Recordad que Jesús, como cabeza del cuerpo místico, ha recibido esa capacidad de transmitir desde la cabeza al cuerpo el Espíritu Santo. Cristo da la vida al cuerpo místico por medio del Espíritu Santo.

En la tradición mística de muchos padres e la Iglesia se habla del Espíritu Santo como “El alma del cuerpo místico”. Cristo es la “cabeza del cuerpo místico”, y el alma de ese cuerpo místico es el Espíritu Santo. Así pues, la ascensión, que es cuando Cristo comienza a ser cabeza del cuerpo místico, se realiza plenamente en pentecostés. La instauración del “Reino” se establece sobre la tierra en el momento de pentecostés.

Según esto, no es de extrañar, que en los orígenes del cristianismo la fiesta de la ascensión se celebraba junto a la fiesta de pentecostés. De hecho esta tradición litúrgica se mantiene hoy en día en la Iglesia de Siria y de Palestina.

Hoy en día se habla mucho de la Iglesia como “cuerpo”, y se habla muy poco de la Iglesia como “alma”. Hay quien pretende explicar la Iglesia en sus estructuras, en sus realidades exteriores, sin conocer el alma. No se puede hablar de un ser humano sin conocer su alma interior, “seria desfigurarlo”, seria reducirlo a un animal. Eso ocurre a veces con la Iglesia: que ignoramos el alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo, y eso nos la hace plenamente incomprendible.

En el evangelio de San Juan, la escena de la lanzada, en razón de su significado simbólico. Ya sabemos que San Juan “no da puntada sin hilo”. Ese pasaje tiene una gran intencionalidad; es más, el evangelista no explica ese significado. Se limita a mostrar que el da una gran importancia al símbolo: *Juan 19, 34*:

“y el que lo vio da testimonio de que salió sangre y agua”

Y lo deja como en suspense.

Si la alusión al bautismo y a la eucaristía –porque “salió agua y sangre”-; pero es aún más cierto que el “agua” que brotó del costado de Cristo simboliza la gracia: **La comunicación dl Espíritu Santo.**

Pero una cosa no quita a la otra, si el agua simboliza el Espíritu Santo, también simboliza el agua del bautismo.

Juan 7, 37-39:

- 37 *El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: «Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba*
 38 *el que crea en mí», como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva.*
 39 *Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado.*

En el dialogo con la samaritana, esa promesa que le hace de “agua viva”, está plenamente anunciado en este texto con este grito de Jesús, durante la fiesta de los tabernáculos o de las semanas o de pentecostés.

Del cuerpo del Mesías debía salir –manar- la abundante efusión del Espíritu Santo, pero antes “debía de ser glorificado”.

El episodio de la lanza se significa que la efusión del Espíritu se obtiene con el sacrificio: **el momento en el que el sacrificio se consuma Esa “agua viva” empieza a fruir.**

En la tradición, el nexo entre el sacrificio y pentecostés, se ha expresado en la epístola a los

Hebreos 12, 24:

24 y a Jesús, mediador de una nueva Alianza, y a la aspersión purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel.

Ese “hablar”, lo interpretan algunos padres de la Iglesia como el don del Espíritu Santo que “habla” y se difunde en virtud del sacrificio de Cristo.

Dicho de otra forma: Pentecostés es la fecundidad del sacrificio de Cristo. Los discípulos quedaron “llenos del Espíritu Santo”.

Esto tiene también consecuencias para nosotros de aplicación práctica. Nosotros podemos tener en esta vida muchos pasajes de sacrificio, pero que nos son “fecundos”; porque no hemos invocado al Espíritu Santo para que los “fecunde”. Hay muchas personas que pueden llegar a sufrir y sacrificarse muchísimo, sin que el Espíritu Santo fecunde esos sacrificios: eso puede ocurrir. Porque esos sacrificios y sufrimientos pueden estar errados, pueden buscar la vanagloria...

El que una persona se sacrificada, no significa que sea –sin más- conforme al Espíritu de Dios. Es importante que nuestros sacrificios sean inspirados y sean fecundados por el Espíritu Santo: **¡Para que sean salvíficos!**

Tenemos el gran error de pensar que “lo que más cuesta es lo que tiene más mérito”. Hay que decir: que no necesariamente. Hay cosas que cuestan mucho y no tienen ningún mérito delante de Dios; porque pueden ser “expresión de amor propio”, o de “puro orgullo”, en definitiva con un objetivo que tienen poco que ver con la voluntad de Dios. Es importante que tengamos cuidado de no identificar: “merito autentico delante de Dios”, con “el coste de un sacrificio”.

Porque este mundo exige muchos sacrificios, y no es el Espíritu Santo el que está inspirando precisamente esos sacrificios. Es verdad que el espíritu de este mundo nos pide comodidad, relajación, no esforzarse. Pero ese mismo espíritu hace que la gente haga también grandes sacrificios; pero son sacrificios estériles, inútiles, que no están fecundados por el Espíritu Santo.

Sin embargo, El Señor en las almas sencillas, lo que hace es fecundar sacrificios “pequeñitos”, muy humildes; pero son sacrificios hechos por amor, ofrecidos por amor.

lo que hace salvífico un sacrificio –entendamos bien- no es la “cantidad “ de dolor que ha supuesto, sino el hecho de que el Espíritu Santo lo fecunde.

Lo que decía la Madre Teresas de Calcuta: “PEQUEÑAS COSAS, HECHAS CON MUCHO AMOR”

Lo dejamos aquí